

# Liberalismo y Principismo

III — EL LIBRO DE ODDONE

NUESTRA Vieja Universidad se sustancia con la ideología liberal y la demostración de la señora de Oddone, que en este punto es intachable, resiste a cualquier excepción que pudiera alegarse.

Más adentro, sin embargo, que se veta apologetica, esta monografía histórica permite una cada total de nuestro liberalismo y su etiología una cada sin la cual todos los gestos, actos y propósitos de aquella Universidad parecerían aéreos, inconexos y, en puridad, inexplicables.

Decía hace poco Roberto Ares Pons (MARCHA, 943) que el liberalismo es en América la máscara ideológica del imperialismo y de las oligarquías nativas y el concepto tiene hoy una caudalosa versión en la ensayística histórica hispanoamericana. Menos liberales aún que la mayoría de aquellos que lo suscriben, no nos molesta marcar nuestra disidencia con él.

Que el liberalismo sea la coonestación racional de la europeización y ésta el correlato socio-cultural (no el único, ni el inexorable) del imperialismo, sea. Pero tampoco es imposible observar que no siempre la europeización y su correspondencia decimonónica liberal se agotan en la penetración imperialista. Y esto lo es por cuanto los fenómenos de aculturación y transculturación (el contacto y la interpenetración de culturas) como lo observaba en un brillante ensayo Gilbert Highet son uno de los hechos más constantes de la historia universal y cubren un área mucho más ancha de lo que hoy se entiende, bajo el estímulo marxista, por imperialismo.

Señálese, por una parte, que esa imagen de la máscara ideológica que el marxismo originó y hoy se ha universalizado, se atenúa en el marxismo mismo con una aceptación de la sustantividad y autonomía de las ideologías que muchos parecen ignorar y el marxismo no siempre ejerce, pero que en la postulación teórica es casi ilimitada. Pero son, sobre todo, esos elementos de premeditación y deliberación, ínsitos en esa máscara los que introducen en la historia inflexiones psicológico-morales que pueden parecer unas veces superfluas y otras absolutamente improbables.

Desde el exterior de la comunidad nacional se hace del acontecer, entonces, un complot que utiliza ciertos disfraces pero, sobre todo, un persistente complot que se hereda de generación a generación y se sostiene en cuerpos, en instituciones, con una secuencia imperturbable. Eficaz en cuanto consigue probar el pretexto ideológico en una medida de puro interés nacional (pensemos en la gestión Ponsomby en Río, en las conveniencias de Inglaterra, en la ideología nacionalista de 1830), ya lo es bastante menos cuando se trata de explicar en base a esos móviles psicológicos y morales, a esa voluntad de fraude y de clandestinidad, un siglo de persistida línea de cualquier cuerpo o institución. Digamos del Foreign Office, que es el ejemplo inevitable.

Desde el interior de la comunidad nacional, a la vez, la historia se hace en unos pocos, una traición deliberada que usa pretextos brillantes para vestir simples y nudos intereses. También se hace, para los más, una desarrollada inocencia que sufre, con una obscurificada percepción, el complot externo y la traición interna.

Seducción, complicidad, inocencia son así conceptos que tendrían que revisar el día que algún Lenin emprenda el examen de las enfermedades infantiles del antimperialismo y esto no quiere decir, por nuestra parte, que no veamos constelada nuestra historia con episodios en los que la seducción, la complicidad y la inocencia brillaron sin equívocos. Si hemos de inteligir nuestro pasado, el iberoamericano, el de cualquier continente marginal, más profunda, sin embargo, más eficaz, más científica es la clave explicativa que apunta al hecho de una coexistencia objeti-

va (con todas las correlaciones internas posibles) de unos fenómenos que son, o fueron, el imperialismo, la modernización europea y el liberalismo, vividos en general buena fe por los hombres, de uno y otro lado del océano, jugando para los bailes de carnaval o las historias de detectives y ladrones la mayor parte (no decimos todas) de las máscaras, los complots, las seducciones, las complicidades y las inocencias.

— II —

CONDICIONADO estrictamente por una determinada situación social, económica y cultural, trenzado en una fuerte cuerda de coexistencias, el liberalismo europeo integró, por otra parte, valores humanos que han sido mucho más duraderos que el mismo y cuya activa operancia conoce, como cualquier otro, nuestro tiempo. Y es, nos parece, a través de esta calidad doble de riguroso condicionamiento y de latencia de ideales, normas y valores incondicionados que un análisis del liberalismo uruguayo tiene que partir.

Hagámoslo, entonces, con ejemplos. Uno puede ser un reciente y encantador libro de Genevieve Bianquis, "La vie quotidienne en Allemagne a l'époque romantique". El otro, los ya viejos y nutridos volúmenes del viaje del norteamericano Brackenbridge al Brasil y al Río de la Plata (1816). El primero es un retrato de ese superlativo de "Ancien Regime" que fue Alemania hasta 1810 y de las fuerzas que a partir del vendaval napoleónico lo agitaron. El segundo es el enfrentamiento de un radical yanqui con el orden esclavista del Brasil, con los restos del orden colonial, con las parodias o las tentativas monarquizantes del Río de la Plata. Próximos en el tema aunque alejados en el espacio, en el tiempo y en la intención, los dos nos dan cierto perfume, cierto sentido del liberalismo que el mundo ha olvidado, cierto ejercicio de una ideología trabajando sobre la carne misma de las cosas. En los dos libros vemos como el liberalismo pudo ser como un fresco soplo, límpido y barredor en el que nos cuantos briosos valores humanos orearon todo lo polvoriento, enteco, cruel, ceremonial, inútil de las sociedades de tipo tradicional. Eran valores que no han perimido aunque hoy los veamos o los deseamos en otros contextos y ante otras circunstancias. Eran el de la igualdad contra toda artificial jerarquía. Eran el culto al trabajo contra todo ocio paramental y triste. Eran el odio al sufrimiento inútil, el sentido de lo concreto y de lo vivo contra todo lo artificial, lo esclerosado, lo estratificado. Eran la cálida fe en la inventiva y la iniciativa humanas; eran el confiado impulso de dominar la naturaleza y hacer del mundo un lugar habitable para el hombre común. La "libertad" solo parecía el gran rótulo de esos fragantes empujes, pero esa Libertad no era una abstracción retórica y aún podría decirse que todos los lemas tenían una tan tensa carga vital, una tan poderosa capacidad de actuación que cuando Brackenbridge, por caso, invocaba a Razón, Industria y Virtud contra Superstición, Ignorancia y Esclavitud no nos hace sonreír. Y si nos quedamos serios es porque debajo de la piel de esas abstracciones rechinaban los engranajes de la historia.

Cuando en cambio —y aquí ya estamos en el liberalismo uruguayo— los principistas universitarios de la Sra. París de Oddone gargarizaban en el 60, el 70 o el 80 sus interminables loas a la Libertad y al irrestricto arbitrio individual ¿en qué sociedad, en qué tipo de sociedad encuadrada esta prédica? Dígase sin circunloquios: una sociedad sin estructuras, sin formalidades, invertida, una sociedad cuya única jerarquía interna eran la tierra, la propiedad que el liberalismo santificaba. Una sociedad sin formaciones tradicionales: nuestro Ejército era una risa —y esto sea dicho sin detrimento de la posterior influencia del "militarismo"; nuestra Iglesia, una tenue cosa de escasa operancia y regularísimo prestigio.

La misma entidad nacional era en extremo precaria y una política decidida de fortalecimiento implacable, de reuelos, de inexorable desconfianza la enseñaba el liberalismo por sus dogmas de la libertad personal irrestricta y del "individuo contra el Estado".

De todo pudiera inferirse ya una provisoria conclusión y es la del profundo desarraigo de la solución liberal, en un aquí y en un entonces; la radical inconexión del mal y del remedio; el radical divorcio de la teoría y de la práctica, que todo ello se produjo y no puede ser sinonimizado.

El desarraigo, lo más notorio, tuvo que pagarse, y se pagó, en varias monedas. La de la mediocridad es una de ellas: no es aventurado sostener que con haber producido el pensamiento uruguayo en otros períodos y bajo otros signos obras estimables, el liberalismo nacional no produjo tal vez una sola página saltante y recordable ni, por supuesto, nada parecido, al Facundo, a cualquier ensayo de Montalvo, a la Amalia de Mármol o a los variados desarrollos de Juan Bautista Alberdi.

Además, como se sabe, los liberales creían en su liberalismo como una fuerza histórica incondicionada, sin límites espacio-temporales de validez, imponible "urbi et orbi", enfeudada a presuntos y radicales dictados del Derecho Natural. Esta ignorancia de los factores que lo condicionaban (sociales, culturales, geográficos: Europa, clase media, capitalismo, laicización, individualismo...) es madre de esa "conciencia falsa" con que el liberalismo vivió.

— III —

SI es nuestro liberalismo universitario el que manejamos y si éste es por ahora el que nos interesa, ese "perspectivismo", que se ignora, para en un "clasocentrismo" del que tal vez Varela fue el único en evadirse un poco y que erigió los intereses de una clase patricio-burguesa en normas del orden natural. Si recurrimos a los materiales de la Sra. de Oddone, él es el que explica, por ejemplo, ciertos enfoques desproporcionados de los cursos universitarios, cierta irremediable e infantil desmesura de las más típicas soluciones. Carlos María Ramírez dedicó, por caso, su primer y sonado curso de Derecho Constitucional en 1871, a las libertades individuales; entre estas se particularizó en la libertad religiosa y las de pensamiento y prensa. Es imposible dejar de pensar que esas eran justamente las libertades que interesaban a un reducido núcleo montevideano de oradores, profesores y periodistas de "cultura moderna" pero que esas libertades eran también, de seguro, indiferentes al restante noventa y nueve por ciento de la población de la República. A ese vasto remanente del país sin posibilidades intelectuales o materiales de expresión, sin deseos o sin impulsos de disidencia cultural, sedienta, más que nada, de dignidad civil, de seguridad, de trabajo.

Toda la actividad universitaria del liberalismo se mueve así bajo esa incondicionada condicionalidad histórico-cultural que los propios liberales parecieron incapaces de reconocer. En lo social, por ejemplo, la prédica liberal estuvo teñida por una insistente defensa del individualismo burgués y de las clases medias contra el Estado y el insurgente socialismo, todavía lejano pero ya capaz de alarmar a través de los reuelos que le profesaban los patronos europeos. Pivel ha señalado que este énfasis en predicar, al modo spenceriano, "the man against the State" refleja las condiciones de las sociedades tradicionales que nuestros liberales, por espejismo mental, por esa falaz abstracción universalidad de sus posturas, trasladaban a nuestra tierra. También podría decirse que esas prédicas contra la personalidad prepotente del Estado en un país en que el Estado, institucionalmente, vivía en la más extrema precariedad, eran, o valían, la prédica del caudillaje y la anarquía, naturalmente, hubieran necesitado justificación intelectual para prosperar.



Aunque Pena, en 1876, y todos los demás (sólo Lavandeira es una excepción por su realismo y su sentido nacional) hablaran con énfasis regular de una clase destituida y misérrima, la esperanza y la intención pasaban rápidamente sobre ella hasta otra estación. Era el propósito de fortalecer a unas clases medias puramente ciudadanas, pues el campo era del latifundio y a él era dejado. Ahora bien: de testimonios del propio Pena y de los Ramírez que la Sra. Oddone recoge, es imposible no ver que para los liberales los intereses de una espectral clase media se confundían efectivamente con los del sector comercial y doctoral al que pertenecían.

Es natural que en los términos conaturalmente alienados a su situación con que estos hombres se expresaban: socialismo, clases medias, etc., sea difícil darse cuenta de a qué realidades concretas imputaban esos términos, pero es evidente la defensa de la visión y los intereses de su clase cuando advertían contra el socialismo, reprochaban a Ahrens y a Krause sus tendencias socializantes o se alegraban de que en América no existiera problema social, ya que las clases campesinas, desde el Río Grande hasta la Pampa, no parecían contar para ellos.

— IV —

LA primacía de lo ideológico sobre lo material, la perspectiva de lo genérico y lo abstracto desde la que se enfrentaba lo concreto, son también atributos de nuestra mentalidad liberal y no solo de esa variedad más limitada que se llamó el principismo. Eso, aunque no solo eso, debe haber sido la causa determinante de que ahondaran tan poco en la problemática del país. En el marco más limitado de aquellas sociedades universitarias que proliferan después de 1870 también resultó importante la exclusión del área polémica de todo lo que fuera política y partidos posteriores a 1830. Es fácil ver que si con esa medida se evitaba (se desviaba) una torrentada de pasiones se encerraba el debate universitario en una visión selenítica del país y en un trato irremediablemente aséptico de su realidad.

Debe haber sido Francisco Lavandeira el único bicho aristotélico en este tropel de siderales; su muerte, el 10 de enero de 1875 cerró una posibilidad que sólo los positivistas, bastantes años más tarde, actualizarían. Es sorprendente, por ejemplo, encontrar en Lavandeira la temprana protesta ante el hecho de que el Uruguay fuera factoría de los talleres del mundo, ya que en sus soluciones económicas es más perceptible que en parte alguna esa "conciencia falsa" con que los liberales universalizaban, como presuntos dictados del orden racional, lo que eran los intereses de las naciones comerciantes e inversoras. Seguramente se hubieran quedado estupefactos (porque si había una máscara ellos no eran los que la usaban) si se les hubiera observado que cuando defendían, por ejemplo, el libre comercio absoluto (con la sola disidencia que anotábase y la de José Ma-

(Pasa a la pág. 22)





# \* Judith y el Largo Prejuicio

Hay una sensibilidad dispersa, armoniosa, iluminando íntimamente cada narración, homenajando el placer instantáneo de su lectura; en la atinada opinión de Henri Clouard, se trata de las improvisaciones de una cultura deleitada con su propio brillo. Pese a que no son novelas propiamente dichas, a que les falta densidad a sus personajes, peso a sus peripecias, y todo queda adscripto a la superficie, a los efectos de una escritura placentera y brillante.

Pero al trasladar a la escena lo que era la esencia misma de sus relatos y el registro de una visión poética peculiar, Giraudoux debió naturalmente prescindir de riquezas o ampliaciones casi imposibles de adecuar a fórmulas dramáticas, buscando ofrecer con toda evidencia una equivalente de sí mismo, de su mundo, que era también el de las ficciones literarias. Ese equivalente se logra visiblemente, aunque entre la suma de elementos comunes que pueden invocarse, surge nitidamente algunas diferencias importantes; aquello que en las novelas es juego interior, imaginación ingobernada, fantasismo difuso, en el teatro se concreta o localiza, aparece objetivado en los hechos, necesita de algún modo corporizarse.

En la explicación más probable, y como lo señalara con lucidez Claude-Edmonde Magny, el universo entero es para Giraudoux un baile de máscaras. Cada una de sus obras se encuentra enriquecida de equívocos o confusiones, se esmera en concertar los más variados disfraces para sus personajes, y a esa circunstancia se debe realmente que nunca se descubre si el mendigo de Electra es Júpiter, que al final de Ondina la protagonista no sepa exactamente quien es Hans, que en Judith Egon se recuerde como Holofernes. Evidentemente hay una intención dominante por debajo de lo que a primera vista se entendería como juego caprichoso o despreciable artificio. En realidad, debe asombrar que esa intención busque una correspondencia tan estrecha con los elementos aun más menores o externos de una trama. Si Giraudoux prefiere las falsas apariencias, si agrega más oscuridades de las necesarias al plan de la obra, si elige vacilaciones o ambigüedades como única norma en la conducta de sus personajes, es porque deliberadamente ha renunciado a ofrecer una solución: nadie triunfa sobre nadie, las cosas no dejan de ser menos ambiguas que al principio, y probablemente aquello que se ha conceptualizado el final de algo no es otra cosa que un nuevo encubrimiento de los hechos, el principio.

De este modo el enigma sobrevive a sus modelos escénicos y la intriga, la incertidumbre final es consecuencia de una particular concepción del mundo y de sus hombres. El destino juega con todo y todos. Héctor y Ulises podrán llegar a un acuerdo en La guerra de Troya no ocurrirá, pero bastará una querrela simple y estúpida entre dos oscuros comparsas para que el acuerdo se desbarate. En este sentido, es justa la observación de Georges Neveux: "Giraudoux ha lanzado al teatro la idea del absurdo del mundo, pero apresurándose, a reír a fin de no llorar".

Esa misma minuciosidad con que el dramaturgo ha buscado que la trama de una pieza fuera el deliberado reflejo de su propia visión, ambicionando comunicarla por medio de la acción más que de las palabras, reduce o cicatriza el largo prejuicio de ciertos espectadores distraídos frente a sus obras. En los hechos, la supuesta falta de teatralidad o el excesivo impulso poético es menos una verdad que una apariencia. Es más, Giraudoux nunca entendió que el lenguaje por sí mismo pudiera darlo todo o producir un efecto que sólo es dable esperar de una representación, y resulta curioso observar cómo introdujo —considerándolas impres-

cindibles— partituras musicales allí donde muchos creen que ya está dicho todo cómo varió la naturaleza de un diálogo tratando que los distintos matices de la escritura (de las voces en el escenario) marcaran nitidamente diferencias de planos espirituales. Y no obstante, aún sin el conocimiento de estos hechos, es notorio que su estilo se condiciona perfectamente con las situaciones irreales o legendarias en que suele apoyarse, con la relación a veces simbólica de sus personajes. Es en la complejidad y en la

riqueza de Judith, en gran parte de la producción escénica de Giraudoux, que se aprecian las cualidades señaladas. Pero los prejuicios que suelen ser casi siempre una comodidad son también irreductibles, así que lo más fácil es acusar al dramaturgo francés de una falta de vigor o de fuerza teatral estricta, de un exceso de lirismo en su lenguaje, de una exagerada persistencia en el juego, en lo meramente caprichoso.

Jean Giraudoux: Judith, Colección Horizonte, Buenos Aires, 124 pp.

## LIBERALISMO Y PRINCIPISMO

(Viene de la pág. 20)

ría Castellanos) estaban simplemente ajustando las piezas que nos ensamblarían al mercado universal de la "Pax Britannica"; que cuando predicaban como solución —así lo hacía Carlos María Ramírez en 1868— el ferrocarril a todo trance y la colonización con el elemento regenerador de la raza sajona, ese observador de la libertad y del trabajo que sabe unir a la mística profundidad del sentimiento religioso, la actividad industrial y la energía innovadora de la vida moderna, estaban repitiendo frases y fórmulas que les venían confeccionadas desde fuera. Estas sirviendo, con frecuente buena fe, los intereses concretos de naciones ajenas y los abstractos de la propia, de un Uruguay que nada tenía que ver con la comunidad sufriente que malvivía en los campos e invadía ya —¿qué otra salida les quedaba?— hacia conventillos y cuarteles, los arrabales de un Montevideo que empezaba a transformarse en la briosa urbe succionadora del país entero.

— V —

DENTRO de este común denominador del liberalismo y su dinámica fueron los principistas uruguayos los que dieron durante una generación el tono de esa Universidad cuyo espíritu e instituciones la Sra. de Oddone ha historiado. Ensamblado en aquél, el principismo pierde algo de su descomunal y no siempre subrayada singularidad.

Porque ¿qué eran los principistas? Nos gustaría llamarlos los troskystas del liberalismo, los platónicos de la libertad. Un tal tipo humano no debe haberse dado en muchos países de Occidente con el perfil y la cuantía con que aquí se ofrecieron. Se ha trazado a veces la imagen de un principista: un ser austero, rígido, altisonante, que anteponía siempre sus geométricas convicciones (liberales) a todos los dictados del interés inmediato, a todas las deformaciones de la conveniencia (y hasta de la convivencia). Se le ha presentado abstraído un mundo de normas, esquemas y valores, impermeable a lo real, incapaz de recibir sus inflexiones de escuchar sus reclamos.

Tal vez pudiera ser el principista reconstruido, tal vez armado su raro esqueleto, señalando que en él los elementos normativistas de la ideología revolucionaria liberal, actuantes en todo el siglo XIX, adquirieron allí una desusada XIX, adquirieron allí una desusada rigidez. Esta ideología revolucionaria liberal ya implicaba por sí una laicización de certidumbres y esperanzas religiosas; a esta latente religiosidad el Romanticismo va a dotarla de otra suplementaria, más cálida, más íntima, más connatural con ella misma. Algo similar ocurre con los utopistas franceses: un Leroux, un Fourier pero la diferencia clara se marca en la escasa actuación histórica de estos y en la relativamente abundosa que los principistas tuvieron. La innata religiosidad cuajó en ellos en una yerta efusión de grandes palabras, sonoras generalidades, fórmulas resplandecientes. Kantianamente canjearon a Dios por la luz eterna del deber, por la moral absoluta, por la Religión de la Libertad. Y lo que es más extraño: durante unos años, al menos, parecieron vivir y caldearse con ellas.

Este gran tema (que esperamos abordar algún día) no queda con esto más que deflorado. Pero el libro de la se-

ñora de Oddone ofrece otra pista que nos resulta fundamental.

Con posterioridad a 1870, parece evidente que es la fuerza del ideal juvenil el que sostuvo el impulso de la Universidad en sus peores momentos, en los más amargos. Ese ideal, con nimbo y prestigio mesiánico, el mismo que reventaría treinta años después en la clara cresta de "Ariel", contagió a toda una generación. Y en su pista y en su influencia, entonces (esto solo puede ser planteado) el principismo debe, entonces, solo haber sido la modalidad generacional, la comunidad juvenil de la clase directora uruguaya que se inicia en la vida pública entre la muerte de Flores y el motín de 1875 (se ha solido llamarla la del "cenáculo de 'El Siglo'"). Cuando se revisan los roles del principismo se percibe que estaban integrados en su inmensa mayoría por jóvenes y sólo por unos escasos hombres maduros. De los Ramírez hemos dicho lo bastante para que se pueda inferir que si eran los jefes del principismo difícil es considerarlos principistas cabales.

De Vázquez y Vega y de Pedro Bustamante, los dos termómetros de máxima de la secta, militantes y fisiognómicos paladines de la aduetez, debe decirse que uno murió demasiado joven para haber tenido tiempo de evolucionar y que el otro era un ser demasiado singular, atrabiliario, cejijunto, como para caracterizar ninguna constelación. El resto juvenil podría en cambio ser bien representado por Julio Herrera y Obes, cuando hacia el 90 recordaba melancólicamente sus años ilusos de geometría en el espacio.

Y es que entre el 70 y el 90, la geometría en el espacio había sufrido duros embates. Sin trascendentalizar demasiado, al modo de Murena o de Kusch, no sería imposible ver en ella esta devoción a esquema rígidos prestigiados por el pensamiento europeo; uno de los múltiples casos en los que el horror hispanoamericano a un mundo sin formas se refugia durante el siglo XIX en un universo "ad hoc" ideal, en una patria espiritual cuyos perfiles no se volatilizan y cuyo suelo no está manchado por "el pecado original". En ese "pecado original" habían sin embargo vivido diez años los principistas hundidos hasta el tobillo y parece indudable que cuando pasó la década del militarismo (Latorre, Santos) muchos de ellos comprendieron que habían sido ellos mismos, con su radicalismo, con su prédica demoleadora de todo gobierno, los que la habían traído. La habían traído porque al crear el vacío de poder que hacia la época de Ellauri se crea, solo el Ejército, como fuerza y voluntad orgánica, apareció capaz de llenarlo. Muerto Flores, el último caudillo con base social y prestigios simultáneos en el campo y en la ciudad, desprestigiada al extremo la clase comercial y bancaria en la corrupción y el caso económico del período de Lorenzo Batlle y Pedro Varela; fracasada así en su primer ensayo sin andadores (esos andadores que con Latorre le serían tan eficaces) de gobernar el país; inhabilitados los propios principistas por espíritu de casta, soberbia y teoricismos, ¿qué era lo que quedaba disponible, que voluntad sonante y ejercitante restaba, sino la de los cuarteles?

Pero lo que los principistas aprenderían después de 1885 no es tema del libro de la Sra. de Oddone ni puede serlo de estas ya demasiado extensas acotaciones.

LA lectura de Judith, seguramente la obra más rica y más intensa de Jean Giraudoux, suscita en el crítico algunas reflexiones que no se limitan necesariamente al simple repaso de su argumento, al comentario de su acción, de sus diálogos. Se ha elogiado tanto la calidad de lenguaje, el lujo intencionado de las frases, la fuerza lírica de las imágenes en su teatro, que involuntaria o despistadamente se tiende a apreciar tales cualidades en desmedro de una efectiva, segura teatralidad de sus piezas. En esos niveles, suele pensarse que Giraudoux no opera sobre la imaginación del espectador sino sobre la del lector, que se excede en el brillo de las palabras, que su arte se agota en el mero juego verbal, en la larga tirada poética. Sin embargo, una aproximación más fina al mundo del dramaturgo francés permitiría advertir otra cosa.

Cuando Giraudoux ingresa al teatro, por 1928, ya había conquistado singular notoriedad con varias de sus novelas, y es inevitable que una valoración de su estilo dramático se apoye lateralmente en una revisión de sus aportes al género narrativo. Precisamente, en esos aportes pueden encontrarse ciertas audacias o ciertas características que luego ingresarían a la escena, y como bien lo señaló un crítico, sus narraciones poseen algunas cualidades teatrales esenciales, especialmente en la buscada estilización de los personajes, en el descuido de las formas externas de la verosimilitud, en el manejo inorgánico del tiempo, aparte de una natural y obvia correspondencia de visión, de lenguaje casi, entre el novelista y el dramaturgo.

Pero pese a que ambos parten de una matriz común, en varios sentidos cercana a las gimnasias fantásticas y simbolistas, al romanticismo alemán vía Hoffmann, si se examina con atención teatro y novela por separado, el resultado dista mucho de ser igual. No se trata de meras diferencias formales sino de algo más sutil, mayormente invisible por esa misma abundancia de elementos o procedimientos comunes que el escritor aporta en cada caso. Giraudoux no es exactamente un novelista y en este aspecto su atractivo depende más del lujo verbal, de los preciosismos exhaustivos, de esa especie de humor con que juega a lo inverosímil, que de una efectiva o verdadera creación de personajes, tramas y sucesos.

Aunque en esa misma condición que bien podría tacharse de frívola reside lo difícil y escaso del arte de este narrador. De alguna manera, cada uno de sus relatos es un sustituto de la realidad, una cosa que se ha podido soñar, un plan donde todo ocurre y es visto por medio de detalles mínimos e imponderables. Los hechos reales se transfiguran, y cada tema aparece servido en una medida paradjógica, leve, imprevisible, operan una conversión de lo superfluo en necesario o importante.

Notoriamente, las condiciones aludidas recién se benefician más por el tratamiento que por la elección de un asunto, y ya se trate de una contemplación de las cosas estrictamente subjetiva o interior (como en Bella), o de una especie de elegía y ensayo sobre la civilización (como en Eglantine), el resultado no es nunca diferente.